Daniel Jacoby

Lima, 1985

— Juan Canela

ES

A pesar de su corta carrera, Daniel Jacoby cuenta con un buen número de trabajos que constituyen un cuerpo artístico sólido y consecuente. Si algo viene a la mente al repasar la obra producida hasta ahora por Jacoby es una palabra: sistemático. En su producción artística hay una especie de obsesión por ordenar el mundo que le rodea, por llevar los procesos de compartimentación y clasificación hasta sus últimas consecuencias. En cada proyecto hay algún tipo de sistema, de proceso preestablecido a partir del cual comienza a trabajar. Este proceso adquiere importancia no como fin en sí mismo, sino como vía para lograr un objetivo marcado, un resultado. Aparece además el compromiso de cumplir a rajatabla el plan de acción, buscando sorprenderse en las pequeñas grietas de subjetividad que surgen de lo objetivo. Parte de procedimientos estandarizados modificando ligeramente su funcionamiento para llevar sus resultados al absurdo.

Tan absurdo como pesar un Toblerone. En el paquete de la mítica chocolatina suiza aparece su peso, cincuenta gramos, y casi nadie se detiene a pensar si es exacto. Pero no lo es. Al menos la mayoría de las veces. Jacoby, en un trabajo de 2009, lo comprueba y pesa cuatrocientos noventa y dos toblerones de aproximadamente cincuenta gramos, hasta que aparece uno de exactamente cincuenta gramos. Es un proceso meticuloso, registrado en un pequeño laboratorio casero. Incluso un valor tan objetivo como el peso en gramos de un producto suizo tiene resquicios de incertidumbre. ¿Es necesario reflejar el peso en una medida tan exacta? ¿Importa realmente que el peso varíe en unas décimas en cada chocolatina? Son estos espacios no controlados en las pequeñas cosas, las grietas por donde Jacoby trata de comprender el mundo, y acercarse a él poniendo en duda el entorno inmediato. Otros ejemplos son: ordenar las notas de *Für Elise* [Para Elisa] de Beethoven según su tonalidad; resumir *El Quijote* a una palabra en nueve pasos; ordenar un discurso de Hugo Chávez alfabéticamente; o calcular el pronóstico del tiempo para el 20 de Febrero en Mollet del Vallés en los próximos cien años.

De alguna manera, Jacoby pone en duda la noción de orden preestablecida, evidenciando que otras lógicas son posibles. Se acerca al mundo desde un punto de vista peculiar trastocando valores que en muchos casos se creen indiscutibles, negándose a aceptarlos como absolutos.

En sus últimos trabajos introduce elementos que dejan mayor espacio al imprevisto y las variables aumentan a la hora de que la obra se defina. Partiendo todavía de procesos de trabajo metódicos, surgen espacios para lo imprevisible en el desarrollo de los mismos. La narratividad gana protagonismo y producir historias se convierte en un objetivo.

Un claro ejemplo de ello es *Should Auld Acquaintance Be Forgot* [Si se olvidase una vieja amistad], obra producida específicamente para esta exposición. Es un vídeo en el cual una persona en primer plano mira a cámara mientras nos habla. Hay algo extraño e inconexo en su relato. Parece una suerte de confesión, como si el narrador estuviera contando una experiencia propia. Un testimonio con aire melancólico y triste unas veces, cómico y amable otras. Conforme avanza la narración nos damos cuenta que el protagonista es una persona que tiene la capacidad de leer los labios, está viendo una película sin volumen y nos cuenta lo que es capaz de leer en los diálogos de los actores. El título de la pieza procede de un verso de una canción típica en países angloparlantes que se canta para celebrar la entrada del año nuevo, y que habla de olvidar a viejos conocidos. Es la canción que suena en la escena final de la película, una comedia romántica de los 80.

Al modificar de alguna manera el proceso de emisión-recepción, el mensaje se complica y el resultado es una curiosa escena ante la cual el espectador se sitúa en un plano distinto al habitual.

EN

Despite the brevity of his career, Daniel Jacoby has produced a substantial and coherent body of work. In reviewing his production to date, the word that comes to mind is systematic. Jacoby's production betrays a sort of obsession with organizing the world around him, with taking processes of compartmentalization and classification to their limits. All of his projects entail some sort of system, of pre-established process on the basis of which he begins to work. These processes are not ends in and of themselves, but rather means to reach a given aim, an outcome. There is a commitment to carrying out the plan to the letter, seeking surprise in the small gaps of the subjective that arise from the objective. Jacoby starts with standardized procedures whose functioning he modifies slightly in order to render the results absurd.

The absurd act, for instance, of weighing a Toblerone bar. The package of the mythical Swiss chocolate announces its weight, fifty grams, but no one ever stops to think if that number is exact. And it isn't, at least not usually. In a project from 2009, Jacoby proves this by weighing four hundred ninety-two supposedly fifty gram Toblerone bars until he comes upon one that weighs exactly fifty grams. This meticulous process was carried out in a small home lab. Even a measure as objective as the weight of a Swiss product is subject to doubt. Is it necessary to measure weight so precisely? Does it really matter that the weight of each bar varies minutely? It is through these uncontrolled spaces in small things, through the cracks that Jacoby attempts to understand the world, approaching and casting doubt on his immediate environment. Other examples include: organizing the notes in Beethoven *Für Elise* [For Elise] by tone; summing up *El Quijote* in a nine steps; putting a speech by Hugo Chávez in alphabetical order, or forecasting the weather in Mollet del Vallés on February 20 for the next hundred years.

Jacoby questions the notion of a pre-established order, evidencing that other logics are possible. He refuses to accept given absolutes and approaches the world from a perspective that upsets values often deemed indisputable.

In his more recent works, he has left greater room for the unpredictable, and the number of variables grows as the work takes shape. Though he continues to make use of methodic processes, the unpredictable plays a greater role in their development. Narrative has grown more important, and producing stories has become one of his aims.

One example of this is *Should Auld Acquaintance Be Forgot*, a work produced specifically for this exhibition. In this video, a close-up shot of a person looks at the camera and speaks. There is something strange or disconnected about his story; it appears to be a sort of confession, as if the narrator were telling a personal experience. At times the testimony is melancholy and sad, and at time amusing and agreeable. As the narrative progresses, we realize that the speaker is reading lips; he is watching a film with the volume off and telling us what he can make out of the dialogues. The title is, of course, a reference to the song traditionally sung on New Year's in English-speaking countries, a song that speaks of forgetting old acquaintances. It is the song played in the final scene of the movie the lip-reader is watching, a romantic comedy from the 1980s.

By altering the emission-reception process, the message is complicated and the result is a strange scene that alters the viewer's position.



IMÁGENES | IMAGES

— *Should auld acquaintance be forgot*, 2010
Vídeo monocanal | Mono-channel video
DVCPRO-HD transferido a BD (color y sonido) | DVCPRO-HD transferred to BD (color and sound)
95'18"
Cortesía del artista y Galeria Toni Tàpies, Barcelona | Courtesy of the artist and Toni Tàpies Gallery, Barcelona